



BUENOS Y MALOS
EN LA POSGUERRA

LOS CASOS DEL TENIENTE DOMÍNGUEZ

Pedro Arbeo

BUENOS Y MALOS
EN LA POSGUERRA

LOS CASOS DEL TENIENTE DOMÍNGUEZ



Primera edición: julio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Arbeo

ISBN: 978-84-10253-98-8

ISBN digital: 978-84-10253-99-5

Depósito legal: M-15460-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

TIEMPOS DE ODIO Y VENGANZA

LA CONDENACION ESPAÑOLA..... 11

EL CRIMEN VERGONZOSO 45

LA MUERTE DE MANUEL ROSÁN..... 91

TIEMPOS DE ODIO Y VENGANZA

LA CONDENACION ESPAÑOLA

Monteros del Campo es un pequeño pueblo del Campo de Calatrava, en la provincia de Ciudad Real. Como en tantos otros, la última guerra civil fue cruenta en su plaza mayor y en sus pocas calles, pero en ningún momento de la contienda fue línea de frente ni mucho menos de combate.

Monteros del Campo y otros pueblos próximos como Boredereque y Cimiera, sin pretenderlo, forman una especie de isla no codiciada por ninguno de los dos bandos. Eso sí, unos días antes de finalizar la guerra entró, sin dificultad alguna, un pelotón del ejército de Franco. A su mando un sargento y, junto a él, varios jefes uniformados de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., venidos de la capital. Una vez marcadas posiciones en el pueblo detienen al alcalde y a algunos concejales y a otros significados rojos. Les montaron en un camión y los llevaron a la cárcel provincial. Esa misma noche llegó un teniente y preguntó por el señor cura. Un vecino contestó que unos apuntan que escapó los primeros días de la guerra, aunque otros, por lo bajo, sostienen que fue paseado y luego enterrado junto al río Muerlo. El teniente señaló que si aún está vivo, le darán aviso, y da órdenes para que los vecinos se congreguen en la plaza Mayor.

Acudieron la práctica totalidad: unos alegres y vocingleros, otros temerosos y en silencio absoluto. El teniente informó que al mando del pueblo quedaba el sargento y su pelotón.

Todos volvieron a sus casas y muy pocos durmieron esa noche por estar inquietos y ocupados haciendo repaso de qué enemigos podrían perjudicarlos y qué cosas habían dicho o hecho no ya solo durante los últimos tres años, sino también, incluso, años más atrás.

A los pocos meses de terminar la guerra, en Monteros del Campo, todo parece estar más o menos organizado: alcalde nuevo, cura nuevo y sede de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. En cuanto a los campos, lo poco sembrado ya está listo para la siega, y si antes —durante la guerra— el trabajo estaba vedado para unos pocos, ahora lo está para otros tantos que sí trabajaron durante la contienda.

—¡Don Jaime! —dice alborozado Ricardo, mientras se quita la gorra y con ella en las manos se acerca a la cancela de su pequeña huerta.

—Sí, Ricardo. Hemos vuelto, por fin.

—Me contaron que estaban por Madrid.

—Sí, algo más de un mes arreglando y poniendo en orden todo cuanto nos han robado estos rojos. Regresamos al pueblo anoche. Pronto será la siega y vengo a cobrar y recuperar lo que siempre ha sido de mi familia.

—La maldita guerra lo dislocó to. Desorden y muerte. Después de su marcha muchos nos miraban mal en el pueblo, pues tenían por seguro que les ayudamos a escapar. Intervino mi primo Javi, el concejal, que nos envió a Ciudad Real, a casa de unos primos, y allí, sufriendo mucha hambre pasamos el resto de la guerra. Hace un mes volvimos al pueblo. En algunos vecinos hay resquemor y mal mirar.

—¿Hasta cuándo estuviste en el pueblo antes de ir a la capital?

—To lo malo empezó en el pueblo en agosto; a primeros de septiembre marcharon ustedes y nosotros pasadas las Navidades.

—En ese tiempo ya habían empezado las incautaciones y se habían repartido los bienes de los propietarios, ¿no?

—Sí, don Jaime. ¡Menudo reparto! Entre unos pocos. Jacinto, uno de sus pastores, llegó al poco a ganadero de fuste, bueno su hijo Luis: ovejas, cabras, vacas, mulas... ¡Atiza qué capital! To lo mangoneaba Jacinto, nuevo alcalde y jefe de los comunistas.

—Y mi ganado, ¿también fue a esas manos?

—Que yo viera, antes de marcharnos, sí. Gran parte a las de Luis, y el resto a las de Evelio, *el chispa*, y a las de Eduardo, *el hambón*, secuaces de Jacinto, a los que mantener contentos.

—Ricardo, ya eres más viejo que joven, como yo, pero quiero que vuelvas a trabajar para la Casa, pero fijo, con responsabilidades. Has sido agradecido y leal con nosotros y no lo podemos olvidar —don Jaime le ofreció su mano y añadió—: ahora tengo que irme, pero mañana pásate por la Casa al mediodía y ajustamos todo. Quiero además pedirte un favor, bueno que digas la verdad. Te quiero a mi lado. La guerra ha terminado, pero la envidia y el odio emponzoña aún al pueblo. Vas a estar muy bien, Ricardo.

Ricardo es robusto y de estatura mediana. De piel muy morena, su pelo negro ya está salpicado de canas. Por la Virgen, en julio, cumplirá cincuenta y ocho años. Como jornalero para las faenas del campo y del ganado es muy valorado por su honradez y entrega al trabajo; pero, aun estando fuerte y ágil, en unos pocos años costará que le llamen para trabajar habiendo disponibles otros más jóvenes. Por esto el ofrecimiento de don Jaime para trabajar como fijo en la Casa grande supone para él una gran oportunidad. Sí, ya había trabajado antes para don Jaime, pero en trabajos de temporada y otras faenas relacionadas con el ganado. Además, en esta situación de posguerra nada era tan seguro como trabajar para la Casa. Se mantendrían holgadamente él y su mujer, pudiendo inclu-

so ahorrar unas perras para la vejez. Los hijos ya tenían su vida: el chico en San Sebastián, y la chica en Ciudad Real. Tuvo un tercer hijo, el pequeño, Ricardín, que se les murió con tres años por el tétanos. Iba descalzo por el corral y se clavó una púa de un horquillo de cargar basura y, como se hacía en el pueblo, le lavaron la profunda herida con vinagre y le dieron un unto de manteca antes de vendarle concienzudamente.. Al poco el pus y los dolores obligaron a llevarle a Rumiera, al médico, pero ya era tarde: la invasión del bacilo afectaba su sistema nervioso. Murió Ricardín, a las pocas semanas. Cuánto lloró Ricardo, aún hoy, por este hijo que era revoltoso y muy listo. En su entierro, llevando Ricardo en sus brazos la pequeña caja blanca, cayó de rodillas y mirando al cielo, con los ojos llenos de lágrimas, gritó: «¡Dios, reniego de tí!». Con esta pérdida, Ricardo, ya no fue más el hombre hablador que reía por cualquier cosa.

Antonia escucha a Ricardo en la cocina de la pequeña casa, que le cuenta su conversación con don Jaime, y su ofrecimiento para que trabaje como fijo para la Casa grande, y que mañana debe acudir al mediodía pues, además, el señor le quiere pedir un favor.

—Bien, pero a ver qué te pide. Tú ándate con cien pares de ojos que esa gente no da na de balde. Las cosas son las cosas, ellos señores y nosotros criaos. ¿Qué querrá? Tú ándate con ojo —dijo Antonia, mientras continuaba con sus faenas.

—Mujer, tú siempre lo mismo, recelando de to. El favor, me dijo, es decir la verdad, ¿y cuándo he dicho yo mentira alguna? Me conoces, ¿no? pues entonces pa mí eso no es un favor —reprochó Ricardo, a Antonia, que detuvo su trajín para escucharle.

—Vale, vale, pero te repito: ándate con ojo —advirtió Antonia.

La Casa grande se levanta imponente a las afueras del pueblo, junto a la carretera que va a Rumiera. Dentro del inmenso terreno cercado están las cuadras, los corrales y tres naves, la más grande,

granero. Don Jaime está sentado en un amplio sillón de mimbre bajo un emparrado. Lee unos papeles. Levanta la vista y al ver a Ricardo, le indica con la mano que se acerque.

—Buenos días, Ricardo. Hace una mañana magnífica. Acerca esa silla y siéntate. Como te dije ayer quiero que entres ya, hoy si quieres, a trabajar para la Casa; no como temporero, sino fijo. Debes ocuparte de controlar a los pastores y los ganados. Del resto de la explotación se ocupará Remigio, el capataz. Es una buena paga la que te espera. De todos esos detalles hablará contigo mi administrador. ¿Qué dices, te parece bien? —preguntó don Jaime.

—Sí, sí. Cómo no. Lo que usted disponga —contestó azorado Ricardo.

—Bien, me alegra que aceptes — y prosiguió don Jaime—. Te preguntarás de qué ganado te ocuparás y con qué pastores contamos. Pronto tendremos los pastores y, en cuanto al ganado, pronto también, te lo aseguro. Volverán a casa las ovejas, las cabras, las vacas, las mulas y todo animal que me expoliaron cuando me obligaron a huir. Y he aquí el favor que tengo que pedirte.

—Lo que usted mande don Jaime, lo que es de uno es de uno. Y lo que esté en mi mano cuento con ello —dijo seguro y firme Ricardo.

—Pues bien. Mi abogado ha iniciado un proceso judicial en Almagro, para que recupere todo cuanto me incautaron y robaron, entre otras cosas, mi ganado. Mi abogado me asegura que ya ha habido otros pleitos como el mío que han salido bien y en muy poco tiempo de trámite. Lógicamente los testigos son fundamentales, dos al menos. Ya cuento con Remigio, y espero también contar con tu declaración. Se trata de confirmar qué ganado, sin duda alguna, era de mi propiedad y hoy está en manos, como bien apuntaste ayer, de Luis, de Evelio y de Eduardo, así como también de un tal Teodoro, *Chesca*, del pueblo de Bordereque. En definitiva, necesito que declares en mi favor. En tres o cuatro semanas el señor juez del juzgado de Almagro se desplazará hasta aquí, y luego a Bordereque, para que sobre la marcha mis testigos y el perito examinen

todo el ganado que reclamo y declaren si lo reconocen como de mi propiedad. ¿Qué te parece? —preguntó sonriente y mirándole fijamente don Jaime.

—Sí es eso, es la verdad; si son las tuyas son las tuyas. ¿Y tengo que hacer algo más?

—Sí, que me acompañes a la bodega que quiero invitarte a un vino —respondió don Jaime al tiempo que se levantaba y se dirigía a la casa señalando a Ricardo que le acompañase.

En la taberna del *jiñao*, en Monteros del Campo, hoy, a esta hora, no se juega a los naipes ni al dominó. Todos los parroquianos en grupos, hablan y hablan; unos vociferando y otros casi cuchicheando: en la cárcel provincial, esta madrugada, han fusilado a ocho hombres del pueblo. Lo ha comunicado hoy mismo el alcalde a cada una de las familias citadas en el ayuntamiento.

—Está tu primo Javi, entre los fusilao, ¿no? —preguntó Manolo, *el tordo*.

—Sí. Ya sabes que deja mujuer y cuatro hijos. Él nunca hizo mal a naide. Tenía sus ideas, sí, era un rojo, rojísimo, pero un hombre honrao y justo. Recuerda cuando pistola en mano, encabezando un grupo de mujueres a las que habían echao de la cola del racionamiento por facistas, fue al ayuntamiento pidiendo que, a todos, a todos, y no solo rojos, les dieran comida para poder seguir viviendo —dijo Ricardo.

—Sí, to eso es verdad, pero al final le han fusilao sin tener en cuenta na de eso...

—Porque —interrumpió Ricardo— en los nacionales también hay gente mala y sin entrañas. Dijeron al ganar que no matarían a los que no tuvieran las manos manchás de sangre. ¡Nal, venganza, sangre y desquites, aquí y en to el país. Primero de los rojos y ahora de los nacionales, y los que estamos en medio, que solo queremos vivir con decencia, ponemos la mayor parte de los hambrientos y de los muertos. ¡Mira mi hijo! Por vivir en

territorio de los nacionales le obligaron a alistarse; como a mi yerno, pero en este caso los rojos. Nunca se metieron en política, ¿y ahora qué?: el primero trabaja de barrendero para el ayuntamiento y pasa más hambre que un perro, y mi yerno está encerrao en un campo de trabajo y mi hija viviendo de la caridad de sus suegros.

—Ya, ya lo sé. La gran mayoría del pueblo mande quien mande pagamos el pato. Incluso lo de don Benito, les importa un pito. Ya sabes que hace días la Guardia Civil estuvo cavando junto al río Muerlo y encontraron el cuerpo del cura, maniatado y machacó la cabeza a golpes. ¡Qué burrada! —se lamentó Manolo.

—Sí. Era un buen hombre —musitó Ricardo.

—Oye Ricardo, ¿se sabe algo de Antón, y de Julián, que se los llevaron cuando a los fusilao? Por aquí no han venío —se interesó el *tordo*.

—No sé na, pero esos se marraron bien y fueron más malos que arrancaos. Seguro que en el próximo turno...

—Dice alguno —interrumpió Manolo— que desde que llegaron a la cárcel no han dejao de mentar sobre unos y otros del pueblo y del comité comarcal.

—Buenas —saludó Avelino, el *cansao*, sentándose a la mesa—, Ricardo, te acompaño en el sentimiento; Javi, era un buen hombre.

—Gracias Avelino, pero cómo era no ha conta na para los que le mataron.

—¿Qué tal estás con don Jaime? Me alegro mucho por ti Ricardo, hoy no es fácil tener faena y mucho menos fija —dijo Avelino.

—Gracias, hombre. Pues como encargao que soy, cuando lleguen los animales, vigilar a los pastores, a los vaqueros y esas cosas —contó Ricardo, con cierto orgullo.

—¿Entonces van a traer ganao nuevo o el que le robaron? —curioseó Avelino.

—Ganao suyo. También el robo lo es. No sé más —replicó tajante Ricardo.

—Ya. Es que Remigio, el capataz, contó aquí el otro día que su señor ha empapelao a los ladrones y que tanto tú como él vais a declarar y a reconocer el ganao de don Jaime —dijo Avelino.

—Ese Remigio, como siempre estaría tolovero, achispao. Habrá un veterinario y...

—Y qué va a decir por mu veterinario que sea —saltó Avelino—. Esas ovejas tién cuatro patas y son del señor; los andares de esa mula muestran que es del señor. Además, el señor las dejó a su suerte y si esos no las hubieran robao nos las hubiéramos comío los del pueblo.

—Mira, Avelino, el señor y su familia tuvieron que salir por pies y no se iban a llevar los animales en los bolsos. Remigio vivía en la finca y no se puede decir que el ganao estaba abandonao. El veterinario dirá y yo diré solo lo que sea verdad. Tú no te preocupes —contestó Ricardo.

—Sí me preocupo por ti. Ándate con cuidiao que esos ladroncetes tienen mucha familia en el pueblo. El señor vive en Madrid y viene de Pascuas a Ramos, pero tú y tu mujer os rozáis con ellos a diario. Mucho ojo, Ricardo, mucho ojo —advirtió Avelino.

El señor juez de instrucción de Almagro, cabeza de partido judicial, llega con su comitiva —el secretario judicial, el perito veterinario, don Leandro Carrascosa, y un grupo de guardias civiles— a la finca de Luis, en la carretera de Cimiera. Al mismo tiempo llegan los abogados e inmediatamente después Remigio y Ricardo.

Eulogio, pastor de Luis, abre camino a la comitiva y se dirigen a las cuadras y naves en donde se encuentra todo el ganado de la explotación.

—Señoría, ¿comenzamos ya? —preguntó el secretario.

—Cuanto antes. Que saquen todas las vacas a ese cercado. Don Leandro, que examine las características morfológicas y determine raza y edad aproximada. Ustedes dos —señalando a Remigio y a Ricardo— acompañenle y de cada animal expresen si lo recono-

cen o no como propiedad de don Jaime. El secretario del juzgado tomará nota —dispuso el juez.

Agruparon a todos los animales en el cercado y conforme eran reconocidos, Eulogio los devolvía a las cuadras. Don Leandro examinaba las capas, el pescuezo, las orejas, la cornamenta, las pezuñas y los dientes.

—Hasta ahora todas son avileñas negras de excelente casta, aunque también en ellas hay estragos del hambre general. De unos meses a esta parte su cuidado deja mucho que desear —informó don Leandro, quien, dirigiéndose a Ricardo, le recriminó—. Pero, hombre, está vaca tiene poco más de cuatro años tendría que reconocerla al menos un poco. Las vacas nos pueden parecer iguales, pero cada una tiene su cosa, y cualquier pastor reconoce las suyas ¡mire bien, Ricardo! —reconvino don Leandro.

—Ya, pero, he trabajado más con las mulas y un poco con las ovejas —se justificó Ricardo.

—Y también con las vacas ¿no me vas a decir a mí que no? —terció Remigio, mirándole con enfado.

—Aligeren que no podemos estar aquí todo el día —urgió el juez.

Finalizada la revisión y reconocimiento de las vacas se siguió el mismo procedimiento con las ovejas manchegas y con las mulas y mulos andaluces. Ricardo, es tajante con el ganado mular: de los ocho pares de mulas, solo no reconoce a uno de ellos. Con las ovejas, Ricardo, tiene dudas sobre una cincuentena de las cuatrocientas sesenta y siete. Remigio, tenso y con cara de pocos amigos, miraba a Ricardo, de soslayo, a cada momento.

—Está bien señores, aquí ya hemos terminado. Vamos a las otras dos granjas del pueblo y, por último, a la de Bordereque. Señor secretario que firmen el acta los intervinientes en la revisión y reconocimiento, incluido el pastor de esta granja.

Ya entrada la noche terminaron en Bordereque. En la plaza esperaba, junto a su coche, don Jaime. Remigio se adelantó y estuvo

hablando con él unos segundos. El semblante satisfecho de don Jaime se desdibujó con una mirada enfurecida dirigida a Ricardo. Silencio. Ni una sola palabra durante el corto viaje en automóvil hasta Monteros. Se detuvieron en la plaza y don Jaime ordenó bajar a Ricardo. Ya de camino a la Casa, Remigio dió cuenta, con todo detalle, de las revisiones y de la actitud de Ricardo, dubitativa y poco clara. Esa misma noche, en la taberna, Remigio, muy suelto por la cazalla, habló del juez y, sobre todo, de Ricardo. A la mañana siguiente todo el pueblo estaba al tanto.

En el café *El Trovador*, en Almagro, el juez tomaba café mientras leía el periódico. Primero llegó el abogado de don Jaime, don Julio Estremera, y un poco más tarde aquel junto a don Leandro, el veterinario.

—Buenos días, señoría. Disculpen la precipitación en convocarles a este encuentro, pero desde hace tres días apenas duermo. Estoy muy preocupado con la prueba de revisión y reconocimiento del ganado. Ese hombre, Ricardo, por el que tanto he hecho y hago, quien me rogó ir a declarar en mi favor asegurándome que reconocería, sin la más mínima duda, mi ganado me ha engañado, me ha traicionado. Seguro que lo tenían planeado. Sí, tenían, pues todo parece responder a un plan de venganza de los rojos de esta comarca organizados en la sombra. Ricardo, cuando nos encontramos, al poco de mi regreso al pueblo, hizo una defensa ardorosa de su primo Javi, un jefe revolucionario, fusilado hace unas semanas —contó don Jaime.

—Pero, ¿ese Ricardo está politizado, pertenece a los rojos? —se interesó el juez.

—No exactamente señor juez, pero mucho del mal que se ha hecho en la provincia, en España, durante la guerra no es cosa que pudieran abarcar los rojos declarados. Esta es una tierra de odio y de venganza. La política es la excusa, la coartada, para cualquier desquite. Bastantes de los que asaltaron mi casa y robaron todas

mis pertenencias, que hoy se guardan en sobrados o en arcas del pueblo, no eran ni son rojos. Pero Ricardo sí es un declarado ateo. Cuando murió su hijo, públicamente renegó de Dios y no fue cosa no pensada, pues nunca más ha pisado la iglesia. Además, ahora pienso, que al poco de la desaparición del señor cura, se marchó con su mujer precipitadamente a la capital —respondió don Jaime.

—Lo cierto es que el cadáver de ese sacerdote pudo encontrarse gracias a la declaración de un preso de la cárcel provincial, que informó del lugar en donde se encontraba. Dijo no saber quién lo había matado y, gracias a esa información y a que esperan que finalmente se ablande y cuente todo, no lo incluyeron en la saca de fusilamiento de presos de Montero. Don Jaime, esta información que posee seguro que interesara al fiscal especial —dijo el juez.

—Señoría, cambiando de asunto, mi cliente, don Jaime, quisiera saber, si usted lo tiene a bien, si la declaración de su testigo Ricardo, puede perjudicarlo para alcanzar sus justas reclamaciones —preguntó el abogado.

—No creo desvelar nada que no vaya a ser público en unos días cuando dicte el auto de procesamiento. Algunas dudas y afirmaciones de su testigo Ricardo, pueden cuestionar la credibilidad de su testimonio, pero peor sería aportar un nuevo testigo. Hay que considerar que a no pocos testigos les intimida e impresiona esto de la justicia y cometen errores e imprecisiones en su participación. Además, los testimonios de su capataz y del perito propuesto por el juzgado, don Leandro, son inequívocos. Los indicios son firmes y los cuatro acusados han reconocido su participación en el robo, junto a Jacinto, y sus hombres. Participaron en cuadrilla, armados, forzando cerrojos y causando diferentes estragos que intimidaron en el momento de los hechos al capataz. Y luego está el haberse repartido el botín y encontrarse aún en su poder parte importante de este. Hechos que encajan en diferentes tipos penales, algunos muy graves, y que cuando el asunto se juzgue y sentencie en la Audiencia va a suponerles a estos cuatro sinvergüenzas reclusión mayor. En cuanto al ganado ha sido judicialmente intervenido y se

propone su total restitución a don Jaime, aproximadamente, en un setenta y nueve por ciento de las cabezas robadas, y se fijará además una indemnización solidaria cien mil pesetas; y daré traslado del auto de procesamiento y diligencias efectuadas al juez especial del Tribunal provincial de Responsabilidades Políticas, al presumir que los participantes de estos hechos cometieron delitos de colaboración y auxilio a la rebelión y, de considerarlo así el juez especial, se sustancie en la justicia militar, pues parte del ganado, manifiestan los cuatro «ganaderos», no podía estar en su poder en razón a que les fue requisado tanto por los comités revolucionarios de Rumiera como de Bordereque y de Monteros del Campo; pero no han presentado ningún documento o recibo de requisa. Hablaré con el presidente de la Audiencia para que dé al asunto carácter de urgencia y antes de tres meses esté sentenciado el tema —expuso el juez.

—Con lo que dice ya quedo tranquilo. Espero que los magistrados de la Audiencia lo tengan tan claro como usted —dijo don Jaime.

—Bien, señores debo dejarles. Mi sitio es el juzgado —anunció el juez al tiempo que se levantaba de su silla.

—Yo también me voy, tengo un compromiso. Don Jaime, todo irá bien—se despidió don Leandro.

—Julio, ¿tienes algún compañero de confianza para realizar una gestión muy discreta? No conviene ni que tú ni yo la hagamos —preguntó don Jaime a su abogado, bajando el tono de voz.

—Sí. Dígame de qué se trata.

—Debe indagar cuál de los presos de Monteros, aún vivos, declaró conocer en dónde se encontraba el cadáver del cura. Con todo lo sucedido últimamente he atado cabos y es muy posible que un furibundo ateo como Ricardo, que al poco del asesinato fue deprisado y corriendo a refugiarse en Ciudad Real, tenga manchadas las manos de esa sangre. No tengo interés personal en el asunto, pero quiero que se haga justicia con el crimen del pobre don Benito.

—¿Quiere que ese preso confirme que fue Ricardo? Seguro que el asesino fue él o quizás el culpable ya ha sido fusilado sin confesar.

—Algo así, amigo. Nuestro enviado debe visitarle en la cárcel y preguntarle directamente si el asesino fue Ricardo, y que, de ser así, un buen católico entregaría, muy discretamente, una recompensa económica de diez mil pesetas a su familia para salir adelante. Además, nuestro abogado, debe decirle claramente que a no tardar mucho será fusilado como los otros y que le aconseja que piense en los suyos para cuando él no esté entre los vivos: solo debe confesar ante el juez y señalar a Ricardo, como el asesino —expuso don Jaime.

—Tengo la persona adecuada.

—Ahora vamos a comer a la venta, hay cosas que celebrar —dispuso don Jaime.

—Estupendo, pero antes escúcheme: muéstrese con Ricardo como si nada hubiera sucedido y no tome ninguna medida hasta que no termine el juicio —aleccionó el abogado.

A finales de noviembre se celebró el juicio en la Audiencia. Ricardo y Remigio viajaron a Ciudad Real en el coche del administrador de don Jaime. El edificio de la Audiencia es de planta rectangular y fachada de ladrillo rojo. Junto a la empinada escalera que da acceso desde la calle se agolpa gente variopinta: miembros de la Falange, con sus características camisas; guardias civiles; testigos que van a declarar; familiares de acusados, y curiosos.

Ricardo está nervioso y le tiembla levemente el labio superior, perlado de sudor. Anuncian en el pasillo su nombre para que entre en la sala. Ya en la puerta un ujier que cojea ostensiblemente le conduce junto a una silla colocada frente al estrado de los magistrados. Uno de ellos le pregunta su nombre. A continuación, el fiscal le muestra unos papeles y lee la filiación de Ricardo y su

declaración completa. Al poner fin a su lectura, el fiscal preguntó a Ricardo si se ratificaba en la declaración que realizó en su día. Ricardo, asiente; el fiscal le pide que diga, viva voz, «sí o no». «Sí»—dijo Ricardo—. Intervino un magistrado que dirigiéndose a Ricardo, le indica que puede salir de la sala o permanecer si lo desea.

Ya en el pasillo se acercó el administrador y le dijo a Ricardo, que esto iba para largo y que lo mejor es que tome la camioneta que sale al mediodía para Rumiera y que vuelva al pueblo.

—Pronto ya se sabrá lo que pasa del juicio ¿no? —preguntó Antonia, mientras lavaba paños en un barreño de barro.

—Eso va contando Remigio —responde Ricardo, sentado a la mesa de la cocina

—¿Y el señor no te cuenta a ti nada? No sé, pero no debes ser tan confiao. Aún se sigue comentando por el pueblo que al señor no le ha sentao bien tus reparos sobre si ese o aquel animal era suyo o no. Además... ¿no oyes, Ricardo?, llaman a la puerta, ve a ver.

—Pase, pase don Enrique. Antonia, es el señor administrador. Es mi mujuer —dice Ricardo, mientras ofrece asiento al visitante.

—Sí, la conozco. Oye Ricardo, vengo a buscarte porque don Jaime quiere hablar contigo. Te acerco en el coche, venga —dijo el administrador.

—Un minuto, don Enrique, voy por una chamarra y nos vamos volando.

—Señor, ¿se sabe algo de lo del juicio? —preguntó Antonia.

—Hoy mismo han comunicado la sentencia a don Jaime: se ha ganado el pleito —respondió sonriendo el administrador.

—Cuando quiera, don Enrique —anunció Ricardo, entrando en la cocina, repeinado y luciendo su chamarra menos vieja.

—Vámonos. Buenas noches, Antonia —se despidió el administrador.

—Ricardo, escucha —le llamó Antonia, mientras se cercioró de que el administrador había salido— el señor ha ganao el juicio. Ándate con ojo.

Durante el corto trayecto en coche ni Ricardo ni el administrador pronuncian palabra alguna. Ya en la finca enfilan hacia las naves, en donde se detiene el automóvil.

—Ve a las cuadras, te espera el señor —indicó el administrador que se marcha una vez sale del coche Ricardo.

—Hola, Ricardo.

—Buenas noches, don Jaime.

—Te preguntarás por qué estamos aquí, en estas cuadras vacías, ¿no?

—No, señor.

—¡Ah, ya! ¿Tú tendrías un encargado para controlar unas cuadras y unos corrales vacíos? No, seguro que no. Bueno, dentro de nada tendremos animales, pero no todos los que eran de esperar, en justicia. Ricardo, sobras en esta casa. Hemos ganado el juicio y...

—Lo sé don Jaime, y me alegro —le interrumpió Ricardo.

—¿Te alegras? ¿De qué te alegras? —gritó enfurecido don Jaime—. Con tu absurdo testimonio pusiste en riesgo mi posición en este pleito y no he podido recuperar el total del ganado de esos ladrones. Animales míos o fruto de los míos, pero a pesar de tus elevados reparos, los que se quedaron en su poder pronto también serán míos; como sus casas, sus tierras, todo lo de esos ladrones. Embargaré todos sus bienes para cobrarme la indemnización que me corresponde y ha sido fijada por la Audiencia. ¿De qué te alegras, entonces? ¿Te alegras de haberme traicionado?

—Yo no le he traicionao. Siempre dije que diría la verdad.

—¡Erre que erre! ¿Crees que la verdad lo pone todo convenientemente en su sitio? Prescindo de ti desde ahora mismo, por desleal. Estás despedido. Mira a ver si puedes alimentarte con tu verdad. Pero escucha: la verdad puede burlarse, puedes librarte de ella e, incluso, olvidarla, pero de una mentira sólidamente urdida, contundente, nunca. Apréndelo: nunca. Ahora vete con tu tufo y no aparezcas por aquí en tu vida, ni cerca de donde yo esté.